

México 68: hacia una definición del espacio del movimiento. La masculinidad heroica en la cárcel y las “mujeres” en las calles*

*Deborah Cohen
Lessie Jo Frazier*

Definición del espacio del movimiento

EN EL AÑO 2001 ASISTIMOS A UN SEMINARIO EN LA CIUDAD DE MÉXICO sobre el activismo estudiantil en el siglo XX, en el cual participaron cuatro líderes prominentes del movimiento de 1968.¹ Los movimientos estudiantiles, afirmaban ellos, fueron fundamentales para impulsar a México hacia la democracia, lo cual se debió en gran medida a que la universidad constituía un espacio cívico particular, ya que atraía y congregaba a individuos, en sus palabras, “informados”, “intelligen-

* Publicado por primera vez en inglés como Lessie Jo Frazier y Deborah Cohen, “Defining the Space of Mexico ’68: Heroic Masculinity in the Prison and ‘Women’ in the Streets”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 83, núm. 4, 2003, pp. 617-660, reproducido en español en forma abreviada con la gentil autorización de Duke University Press. El lector podrá encontrar más referencias bibliográficas y otros ejemplos de lo discutido en el presente el texto en aquella versión. Las autoras agradecen la re-alimentación crítica de Mary Kay Vaughan, María Luisa Tarrés y Gabriela Cano. En 1989, la investigación se vio impulsada por Sigfrido Reyes, Sara Lovera, Elena Urrutia e Ilán Semo. En 1999, gozó del apoyo de Graciela Márquez, Francisco Zapata y El Colegio de México. Lorena Murillo nos hizo una traducción generosa que captó en forma precisa los matices del argumento. Agradecemos a la revista su meticuloso cuidado editorial y la verificación de las referencias. Ante todo, las autoras agradecen a Mari Carmen Fernández su hospitalidad, amistad e incisivos comentarios, así como a todas las personas de quienes recogieron historias orales. Sin la disposición que tuvieron para compartir sus experiencias este proyecto no habría visto la luz.

¹ Seminario Nacional Movimientos Estudiantiles Mexicanos en el Siglo XX, IIB-DGAPA, UNAM, Ciudad de México, 19 al 23 de febrero de 2001. Aún puede consultarse el programa en la siguiente dirección electrónica: <http://biblional.bibliog.unam.mx/iib/proyectos/oplime/sem.html> (agosto de 2004).

tes” y capacitados para tomar decisiones basadas en la “razón”, rasgos todos éstos que suelen asociarse con la masculinidad de clase media. Nosotras escuchábamos, sorprendidas por lo diferente que eran estos relatos de hombres, de las historias que nos habían narrado mujeres que participaron en el movimiento, sobre las que hablaríamos más tarde, en ese mismo seminario.

Así, el presente trabajo examina las coincidencias y divergencias que aparecen entre los relatos de los hombres y los de las mujeres del movimiento. Cuestionamos el lugar central que se ha dado a los dirigentes y al Estado (característico tanto de los relatos públicos de los dirigentes como de la mayoría de los análisis del movimiento) para comprender una lucha que puso al descubierto el autoritarismo estatal, a la vez que impulsó la participación política en un sentido muy general.² Nos preguntamos por qué, dada la naturaleza del movimiento, los análisis se han enfocado en sus peldaños superiores y en sus interacciones con el Estado, dejando en la sombra la participación de las bases. El yuxtaponer los relatos de los dirigentes varones y los de las mujeres que participaron ayuda a entender las razones y amplía nuestra comprensión de la acción histórica y las posibilidades de subjetividad política en el movimiento, revelando cómo el género forma parte de la cultura política.

Las descripciones que durante aquel seminario hicieron los dirigentes de lo que era un movimiento estudiantil propiamente dicho, con sus cualidades masculinas de inteligencia y sentimiento razonado, desdeñan la desordenada emoción femenina y la incontrolada espontaneidad de las masas, que los líderes, en tanto vanguardia política, habrían de amoldar en una fuerza revolucionaria disciplinada. Aunque los estudiantes universitarios intentaron movilizar a diversos sectores de la sociedad, el núcleo del movimiento seguía estando compuesto por jóvenes privilegiados, destinados a asumir puestos clave dentro de la élite social y política. No es de sorprender, entonces, que las narrativas públicas del 68 hayan sido predominantemente voces masculinas y de la élite. Nuestro argumento es que la versión de los dirigentes varones de la élite ha llegado a ser el lente a través del cual se han interpretado y evaluado tanto los movimientos de 1968 como los posteriores.³

El crítico de la cultura, Armando Bartra, afirma que “hay muchos sesenta y ochos” (Bartra, 1999:139), pero los relatos publicados de los líderes varones redujeron ese “muchos” a uno solo, cuyo foco de atención son *sus* acciones, vida y visiones políticas. Sin pretender restar importancia al horror

² Es indudable que tal lucha fue un paso importante en el esfuerzo por lograr la apertura del sistema político, pero difícilmente pensaríamos que fue *la* causa.

³ Véase un examen anterior nuestro sobre la participación de las mujeres en Cohen y Frazier (1993).

que vivieron los dirigentes en la cárcel, nos atrevemos a decir que sus narrativas verticales han velado la participación de las masas, la cual fue la que hizo tan poderoso y amenazante al movimiento a los ojos del Estado y catapultó a sus dirigentes a una prominencia perdurable. Al comparar los relatos publicados de los líderes varones con las historias orales que recogimos de mujeres que participaron, cuestionamos la versión en singular que se ha coagulado en aquellas narraciones: una versión oficial que surgió, no de las asambleas y marchas de los primeros cuatro meses fundamentales del movimiento, sino de la cárcel. Así, dichas narrativas confunden la dinámica de *ese* espacio con el movimiento mismo, con lo que efectivamente se borra la participación de cientos de los miles de personas que dieron a la lucha su carácter y lugar únicos en la historia reciente.

Los espacios del movimiento, según los entendemos, eran espacios porosos en cuyo interior se reconfiguraban las prácticas sociales, culturales y políticas.⁴ Las acciones que narran las mujeres ocurrieron principalmente en espacios “públicos” (el campus universitario, la calle y la cárcel), lo que impide etiquetar de forma automática los espacios ya sea como masculinos-públicos o femeninos-privados. Las historias orales de las mujeres —al igual que los escritos publicados por los dirigentes (los varones)— reflejan su formación política en espacios múltiples y los aspectos relacionales de activismo que destacamos en este artículo, y también destacan (valga la repetición) la forma en que la subjetividad política tiene género: la dirigencia se encuentra sobredeterminada como masculina y “el pueblo” (entendido, en la retórica populista, como el beneficiario de esa dirigencia) como femenino. Esta dinámica de género de la cultura política ha sesgado las interpretaciones del movimiento estudiantil del 68, precisamente porque se han calcado sobre otras tensiones políticas que igualmente están afectadas por el género (la relación entre los dirigentes y los participantes).

Para indagar el aspecto del género en la cultura política, examinamos primero el espacio de la cárcel, basándonos en las narraciones publicadas de los ex líderes, y planteamos que éstas son tanto el producto como la ventana que da hacia la cárcel y hacia la forma en que ésta definió el posicionamiento de los líderes como *los* portavoces oficiales del movimiento. Enseguida, analizamos la participación de las bases femeninas, según se relata en las historias orales que recabamos. Al cuestionar las aproximaciones que se centran en la perspectiva de los líderes de estudios anteriores, planteamos la participación de las mujeres como las experiencias de un sector que, aunque definido como “no de vanguardia”, halló formas de colaborar más acordes

⁴ Nos basamos en Bourdieu (2000).

con las convicciones políticas del propio movimiento. Esa visión centrada en los dirigentes impregnó no sólo la manera en que las mujeres mismas interpretaron su participación, sino también los objetivos y éxitos del movimiento, y contribuyó a relegar las repercusiones sociales y culturales de éste último al ámbito de lo “personal como no-político”, con lo que lo despojó de su complejidad y de sus implicaciones.

Aunque incorporamos en nuestro análisis las palabras e interpretaciones de las bases militantes, no afirmamos que su concepción del movimiento sea la “real” o que sus experiencias sean la perspectiva “de las mujeres”. Más bien, objetamos una retórica política que determina quién es y quién no es un actor político, y que, en el espacio del movimiento, traza la división entre el dirigente-actor político y el participante-pueblo, al resaltar que los órganos decisivos dominados por los dirigentes son *el* lugar de la política. Sólo cuestionando una lógica que define a ciertos individuos como actores políticos y a ciertos espacios como el terreno de la acción política podremos comprender los efectos perdurables del movimiento: las relaciones entre los cambios en las prácticas políticas formales de cara al Estado central y las transformaciones sociales y culturales que tuvieron lugar como secuelas del mismo. Nuestro propósito no es desacreditar las narrativas de los hombres y erigir las experiencias de las mujeres como el suplemento de esa historia, sino más bien, cotejando ambos relatos, ganar una perspectiva diferente sobre el 68, sobre los espacios en los que se vivió y sobre los tipos de subjetividades históricas a los que dio lugar.

El espacio de la cárcel

La voz de los líderes

Las narraciones publicadas de los dirigentes varones favorecieron que se generara un discurso universalista sobre el movimiento, en el cual sus experiencias representan toda la gama de participaciones y reafirman la particularidad de esos hombres y del papel que desempeñaron. Al declarar no sólo su capacidad, sino su derecho a hablar por el pueblo, los líderes se sitúan a sí mismos, no como parte del pueblo, sino por encima de éste. Se valieron de esa particularidad para reclamar para sí una masculinidad heroica inspirada en la retórica socialista del “Hombre Nuevo”, encarnada en la figura del “Che” Guevara. Sin embargo, el carácter universalista y el contenido heroico de sus narrativas fueron más el efecto de la experiencia en la cárcel, que de los cuatro meses de movilización de las masas. Los relatos surgidos de la cárcel sue-

len presentarla como un espacio liminar en el que las posturas morales se constituyen y solidifican en el contexto de la privación corporal. La capacidad de forjar una identidad colectiva como líderes (que los convirtió en personalidades individuales públicas) es una posición dual universal-particular conferida a la ciudadanía masculina.

Algunos de los escritos de los dirigentes y figuras centrales (como Sócrates Campos Lemus, Heberto Castillo, Luis González de Alba, Paco Ignacio Taibo, Gilberto Guevara Niebla y Raúl Álvarez Garín) se produjeron durante el encierro o poco después, mientras que otros se escribieron para el vigésimo y trigésimo aniversarios del movimiento.⁵ Aunque el tenor de esas narrativas ha cambiado con el tiempo (de la retórica socialista revolucionaria de los años sesenta al discurso de los años noventa, bañado en el lenguaje de la democracia), estos hombres no han dejado de destacarse a sí mismos como protagonistas históricos. El espacio de la cárcel sobredetermina esos relatos, al reconfigurar a los líderes como los portavoces de toda una generación de activistas políticos.

Un ejemplo sorprendente del lugar central que ocupa la experiencia de la cárcel nos lo ofrece el relato de Sócrates Campos. Él abre su narración, no en algún momento originario del movimiento, sino con el recuerdo dramático de la marcha del ejército sobre la Plaza de las Tres Culturas. El relato nos lleva entonces a las acciones de los líderes durante los meses previos al climax del 2 de octubre y a su detención subsecuente. Este texto, como otros, asegura el lugar de los líderes en la historia del movimiento, al consagrar mucho espacio impreso a los ámbitos en los que los hombres presidían: el Consejo Nacional de Huelga (CNH) y la cárcel de Lecumberri, una estructura panóptica de celdas individuales que se abrían en varias direcciones. En cada celda, recuerda Gilberto Guevara Niebla, “había cuatro literas y un pequeño pasillo, que prácticamente no utilizábamos, de manera que nos la pasábamos cada quien en su litera”. El diseño de la estructura repercutía en las actividades de los prisioneros. Gilberto prosigue: “nos acostumbramos a los diálogos cruzados en posición horizontal, una forma de conversar muy agradable” (Guevara Niebla, 1988:136). Pero, aunque Gilberto y los otros estaban físicamente encerrados, la cárcel les brindó el tiempo necesario para crecer intelectual y espiritualmente.

Aunque a Heberto Castillo el encarcelamiento le resultaba agobiante, también supo trascender su encierro y encontrar la liberación intelectual:

⁵ De los mencionados entrevistamos, en 1989, a Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla y Raúl Álvarez Garín, si bien, para lo que aquí nos concierne, abordamos principalmente las narrativas que publicaron.

“Yo desperté el segundo día de recluso con una sensación horrible de asfixia. Los muros sucios, húmedos, malolientes, estaban tan cerca de mí que se metían en mi cerebro, lastimaban mi conciencia como para hacerme entender que la reclusión física implica necesariamente la reclusión mental; entendí que mi único mundo, mi cosmos, estaba dentro de mí” (Castillo, 1998:118). Este sufrimiento adquirió la magnitud más elevada y transformó la relación de los prisioneros con el mundo, el tiempo y el espacio: “En la cárcel, con el correr del tiempo, tan lento, nos volvemos perezosos, como que nuestra inercia aumenta, como que nuestra masa crece. Y lo que afuera se deja para mañana, aquí se deja para la semana siguiente” (Castillo, 1998:121). Sin embargo, continuaba Castillo, “a pesar de todo, soy libre; nadie puede someter mi conciencia a prisión” (Castillo, 1998:121). Detrás de esas descripciones se encuentra la separación cartesiana de cuerpo y mente. Frente a las degradaciones corporales, el yo racional se vuelve hacia el interior, transformación a la que los líderes recurrieron inherentemente, cuando establecieron un vínculo entre la cárcel y la nación. Aquí, la prisión se asimila al espacio del movimiento y, por tanto, lo comprime; se transforma en un espacio donde estos hombres, como prisioneros políticos, se expresan como si fueran la encarnación de la conciencia martirizada del pueblo, del cual son brutalmente arrancados, y donde también simbolizan la pasión auténtica (y desencadenada). Los líderes vivieron su separación del pueblo como la escisión del movimiento y la nación. Heberto Castillo lo destaca de esta manera: “el mundo real, externo, se había reducido fatalmente, y también nuestro tiempo. Todo se había contraído. Nosotros, en la cárcel, envejecemos lentamente; al menos eso creemos. Y nuestros seres queridos crecen muy rápidamente” (Castillo, 1998:118). “Para comprender nuestra realidad, tendríamos que entender que envejecemos a la misma velocidad que los que viven afuera” (Castillo, 1998:123). La cárcel actuaba como una cápsula de espacio y tiempo apartada del resto del mundo; una utopía de homosocialidad juvenil masculina. Los líderes se sacrificaban, mediante el sufrimiento y la auto-abnegación, en nombre de ideales superiores.

La cárcel: una experiencia ambivalente”

La vida de los prisioneros estaba delimitada por los muros de la cárcel: paredes húmedas, oscuras, sucias, que penetraban sus almas y “lastimaban sus conciencias”. Sin embargo, ese dolor, esa soledad y privación tenían otro aspecto. Como lo explica el preso político Gilberto Guevara, la cárcel tenía dos “caras” (Guevara Niebla, 1988:137). Si bien ninguno de los dirigentes hubie-

ra elegido el encarcelamiento, la intensidad de esa experiencia les provocaba un sentimiento muy singular de comunidad: aunque el hecho de estar confinados causaba mucho dolor a los presos, también “se daba un intenso intercambio de información y de juicios; las pláticas resultaban educativas. Aprendíamos mucho de todos, teníamos la oportunidad de dialogar con individuos inteligentes y bien informados” (Guevara Niebla, 1988:136). Al mismo tiempo que los cuerpos eran sometidos a privaciones, las mentes florecían, como si se tratara de una sociedad monástica ilustrada. El tiempo pasado tras los muros de Lecumberri brindó a los líderes un espacio físico para hacer lo que tanto habían deseado: dedicarse al estudio.

“En Lecumberri nos aislaron”, relata Gilberto Guevara Niebla, “donde se practicaban todas las formas de extorsión y violencia” (Guevara Niebla, 1988:135). “La cárcel representó una experiencia ambivalente. En la cárcel vives separado de los seres que amas, de tu familia, de los espacios donde has vivido, de la Universidad. Sin embargo, mantuvimos hilos vigorosos que nos unían con el mundo exterior” (Guevara Niebla, 1988:136). Esos hilos eran de varios tipos: “Uno era el vínculo intelectual; la posibilidad de tener libros y visitas de maestros, [...] nos permitió seguir desarrollándonos académicamente. En ese sentido, el estudio representó una forma de libertad que nos articulaba con todo lo que sucedía fuera de la cárcel. [...] Hice mi tesis y pedí mi examen profesional, pero las autoridades [...] impidieron que la cárcel fuera declarada recinto universitario” (Guevara Niebla, 1988:136). Gilberto Guevara Niebla describe la cárcel como un espacio intelectualmente liberador, pese a que el Estado intentaba reglamentar ese potencial rehusándose a hacer de tal espacio un “recinto universitario”.

Sin embargo, como lo revela uno de los comentarios de Heberto Castillo, el potencial liberador de la cárcel siempre estaba en peligro de contaminarse con el mundo exterior: “Los jóvenes presos ven, leen y escuchan todos los días por los medios de difusión que México se hunde en la ignominia; que la abyección es la mayor ‘virtud’ de un hombre para llegar a ser funcionario [del gobierno]; [...] que la lealtad la practican los tontos ‘tontos’ porque anteponen los principios a los intereses; que el amor es motivo de burla; que la fidelidad no existe, y que la mentira se puede [...] imponer siempre que se tengan los medios para hacerlo” (Castillo, 1998:120). Heberto Castillo subraya su vulnerabilidad y la de sus compañeros ante esa corrupción: “los jóvenes caen fácilmente en el antitodo, en el me importamadrismo, en el antipartido, antifulanodetal, antiamor, antiamistad. En la negación de todos los valores tradicionales, los jóvenes, dentro y fuera de la cárcel, han exacerbado su repudio a un sistema que engaña [...]. Por ello están contra todo”. En última instancia, Heberto Castillo simpatiza con lo que para él es la confusión de sus ca-

maradas más jóvenes, la cual “es explicable, sobre todo cuando se sabe que un gigante imperial como EU se encoleriza porque un país no acepta sumisamente que sus aviones le espíen como lo hacen los países de Indochina. Es explicable que los jóvenes estén contra todo cuando ven que los altos funcionarios dicen, sin pudor alguno, que no hay presos políticos; cuando oyen afirmar a Gustavo Díaz Ordaz que ‘la autonomía universitaria no ha sido lesionada ni con el pensamiento’” (Castillo, 1998:121).

En esta descripción, la celda se ubica entre la universidad y el mundo desgarrados por la ocupación del campus universitario, y actúa como una extensión de ambos. La corrupción del mundo exterior (simbolizada por la violación de la universidad, espacio mismo que su movimiento había presentado como modelo para la reforma nacional) agudizó el apego de los dirigentes a la perfección que alcanzaban mediante la trascendencia intelectual de su entorno físico. Ellos se veían como la conciencia moral del pueblo, que tan fácilmente había sido descarriado. Sin embargo, el espacio de la cárcel siempre estaba en peligro: algunos prisioneros no podían resistir las historias sobre la corrupción y la influencia capitalista; siempre estaban al borde de convertirse en las víctimas intelectuales del Estado, aunque otros activaban el potencial liberador de la cárcel para arrancarlos de las garras implacables del Estado.

No obstante, el Estado seguía siendo el que ponía los límites a esa libertad intelectual, lo que quedó demostrado por su negativa a aceptar que la cárcel fuera un recinto universitario oficial, de tal suerte que los estudiantes-prisioneros pudieran pasar ahí sus exámenes de titulación. La cárcel se convirtió en una escuela de muchas cosas, y una de ellas fue la domesticación por el Estado-padre de esos jóvenes rebeldes, un número considerable de los cuales se habría de reincorporar más tarde al aparato del partido político oficial, y la mayoría se convertiría en ciudadanos productivos y respetables, e incluso en profesores de las generaciones siguientes.

En los relatos de esos líderes se observa una tensión e interacción constantes entre la restricción y la libertad, entre la privación y la satisfacción, que surgen de la idea del auto-sacrificio en aras de un objetivo superior. Estos hombres se convirtieron en mártires simbólicos, emblemas de un movimiento cuyos militantes habían sido masacrados por las fuerzas del Estado, ante la vista de miles de personas, y aplastados de nuevo cuando el gobierno negó la masacre. Además, recordando los símbolos y el *ethos* cristianos, esos líderes volvieron la otra mejilla, aun cuando el gobierno los acusaba de traidores y comunistas, y sus seguidores los olvidaban. Pero, sólo mediante ese sufrimiento, sus mentes podían trascender la pequeñez y mortalidad de sus cuerpos y experimentar la libertad.

Violencia y masculinidad

La dinámica de la cárcel acrisolaba una relación particular entre sufrimiento y aprovechamiento, que estaba mediada por la constante amenaza de violencia que pendía sobre la cabeza de los prisioneros. Según narra Heberto Castillo, con el fin de romper una huelga de hambre que ya duraba veintiún días, las autoridades del penal detuvieron a los familiares que salían de visitar a los prisioneros (Castillo, 1998:95), ante lo cual, éstos, pese a su debilidad, protestaron: defendían su honor masculino heterosexual, amenazado por el ataque real a sus mujeres e hijos. Entonces, afirma Castillo, los guardias “promovieron el ataque de cientos y cientos de presos comunes en nuestra contra, ofreciéndoles como premio el botín de nuestras pertenencias”. Los delincuentes comunes estaban “armados de palos, tubos, cuchillos, puñales y hasta machetes, [eran] seres olvidados, víctimas de una sociedad que no castiga el delito, sino la pobreza” (Castillo, 1998:96). Pero, cuando los atacantes entraron en el área de la cárcel que ocupaban los presos políticos, se encontraron, no con resistencia, sino con palabras “que quisieron ser serenas” que “lograron hacerles comprender que éramos sus víctimas, que no sus enemigos”. “Y gracias a eso”, prosigue Heberto Castillo, “se llevaron todo, menos nuestras vidas”. No obstante, fue un episodio aterrador: “Esa noche fue la peor de las noches: semidesnudos, tirados en el suelo sobre periódicos [...], rodeados por una multitud de reclusos armados, hasta los dientes, sin saber del paradero de muchos de nuestros compañeros [...]. Una agresión como la que sufrimos apenas es imaginable” (Castillo, 1998:97). “Estábamos por completo indefensos ante nuestros captores. Sabedores del inminente peligro que [corríamos], pero incapacitados para conjurarlo” (Castillo, 1998:99).

La descripción anterior nos remite a varios temas. Aunque esos hombres habían sido apartados del resto del pueblo, su separación era parcial: durante ese ataque, se les puso frente a frente con criminales comunes de clase baja, a quienes se ganaron aun cuando la amenaza de violencia —implícitamente sexualizada (desnudos y sometidos tirados en el piso ante un grupo de hombres de clase inferior y armados) y ciertamente castrante— ponía en duda el papel de esos hombres como actores históricos. Aun así, con sus palabras “serenas” y su *noblesse oblige* al entregarles sus pertenencias y acceder a los deseos materiales de quienes “no tenían nada”, esos hombres reafirmaron tanto sus lazos como su separación con respecto a las masas. Ese encuentro entre prisioneros comunes y presos políticos deja ver las diferencias que había entre ellos: éstos tenían más posesiones físicas que aquéllos, habían cometido un crimen de índole más noble y de mayor intelecto, actuaban por el bien de todo México y se habían convertido en “la voz del pueblo”.

Este episodio ilustra las tensiones de clase que había entre el estudiante y el trabajador y sobre las cuales se había posicionado el movimiento. El Estado manipuló eficazmente a los delincuentes comunes de clase baja, a quienes se otorgó acceso físico a los cuerpos de los dirigentes del movimiento y se les azuzó con la promesa de que tendrían sus pertenencias como botín. Esto sirvió para recordar a los líderes dónde estaban sus intereses: no con la clase trabajadora, sino con un Estado reconfigurado. También es evidente en el relato de Heberto Castillo la amenaza constante al honor masculino de los presos. El supuesto motín comenzó cuando el gobierno coartó la capacidad y derecho de los prisioneros a proteger a “sus” mujeres. El ataque físico subsecuente por parte de un grupo de hombres de clase baja agravó aún más los peligros intrínsecos del ambiente agudamente homosocial de la cárcel. Quizás a eso se deba que, en sus narraciones, los hombres hagan alarde de sus actividades sexuales y de la carga sexual que tenían las relaciones con las mujeres durante el movimiento, como para asegurar al lector de su heterosexualidad masculina. En su conjunto, esos relatos plasman una vida en la cárcel llena de la constante amenaza a la identidad de género y de clase de los estudiantes.

En general, la idea del peligro inminente y de la posibilidad de morir impregna totalmente las narraciones de los líderes. Aunque elevaran su mente por medio del estudio intenso y del conocimiento, sus cuerpos físicos eran objeto de represalias por esa libertad. Más aún, el sacrificio corporal de esos hombres habría de servir como fuente de liberación para el pueblo. Aunque Heberto Castillo podría haber retratado a los líderes como víctimas pasivas de los ardides del Estado, concluye reafirmando la acción [*agency*] de los prisioneros políticos. Mientras el gobierno estaba reprimiendo “la voz del pueblo”, Heberto Castillo sostiene que “moriremos luchando por los derechos del pueblo trabajador mexicano —obreros, campesinos, pequeños agricultores y comerciantes, pequeños industriales, intelectuales, artistas y estudiantes—. Moriremos cumpliendo con nuestro deber, comprendiendo que cuando los hombres mueren así se convierten en semillas de libertad para el pueblo. Libertad pura que él conquistará, a pesar de todo” (Castillo, 1998:99).

Como es obvio, la experiencia de la cárcel estaba saturada de miedo e incertidumbre. Debemos recordar que la mayoría de los presos políticos eran jóvenes y habían tenido poca o ninguna experiencia previa de privaciones físicas o psicológicas. Curiosamente, en sus memorias, los hombres no describen su vivencia como traumática, sino que, más bien, echan mano de historias de violencia y degradación para dar muestra de su fortaleza heroica. Al tomar esos escritos como fuente primaria para comprender el movimiento estudiantil de 1968, nos sorprendió la proporción tan grande que ocupan los relatos de la cárcel en los textos y las formas en que el trauma de esa expe-

riencia, aunque sin ser mencionado, avasallan las narrativas de los hombres de 1968 y deja fuera los eventos previos de “las calles”.

La acción [agency] heroica masculina

La tensión constante que vivieron los prisioneros (entre libertad, restricción y amenazas de violencia) debe filtrarse a través del cristal del lugar que ocupaban como líderes del movimiento. Como dirigentes y activistas, sus nombres estaban en los diarios. Eran seguidos y debían tomar medidas de seguridad; no podían ir a sus hogares, dormían en casas de seguridad y no podían ver a sus familias. Por tanto, aun antes de que los apresaran, ya habían experimentado una separación forzada de la sociedad. Sin embargo, en la cárcel su apartamiento adoptó una forma distinta, dado que la institución los despojaba de su identidad como individuos. Heberto Castillo narra que, en la cárcel, los “presos jóvenes, por regla general, no tienen nombre afuera. Se llaman presos políticos. No Revueltas ni De Gortari ni Rico. [...] Así que sufren la contracción de su tiempo y de su espacio y no reciben aliento [...]. Afuera, la gran masa estudiantil y muchos obreros que no los conocen de nombre, los admiran como héroes” (Castillo, 1998:120). Privados de los nombres que les conferían singularidad e individualidad, se convirtieron en símbolos trascendentes del movimiento diezmado.

En un libro que podría ser descrito como una entrevista-crónica, el periodista Juan Sánchez Mendoza recoge los recuerdos de Sócrates Campos Lemus (por iniciativa de este último), e incluye también una versión editada de un artículo del ex líder Luis González de Alba, así como una crítica a dicho artículo. En ese texto, aparecido en una conocida revista mensual de la Ciudad de México, González de Alba declaraba que los dirigentes del movimiento eran “la imagen de la castidad y la pureza”, la encarnación de la “honestidad juvenil”, que peleaba “contra la torva maldad del gobierno” (González de Alba, 1993: 24; Campos Lemus y Sánchez Mendoza, 1998: 145 y 148). Puesto que ellos eran víctimas y no vencedores, los activistas estaban alineados “con los héroes más puros” (González de Alba, 1993: 31; Campos Lemus y Sánchez Mendoza, 1998: 145 y 156). Juan Sánchez Mendoza recuerda que en “preescolar, primaria y secundaria”, a los estudiantes se les decía que “héroes son los cadetes del Colegio Militar, que defendieron [a México] contra las tropas invasoras de Estados Unidos; en bachillerato y profesional, que héroe, Hércules” (Campos Lemus y Sánchez Mendoza, 1998: 145), con lo cual insinúa que González de Alba confunde a los cadetes y a los héroes mitológicos con los líderes del movimiento. Sócrates Campos Lemus, a pregunta de Sánchez

Mendoza acerca de la descripción de González de Alba, exclama que “¡Ésas son tonterías!” (Campos Lemus y Sánchez Mendoza, 1998: 146). El heroísmo de los líderes era el tropo central de sus narrativas: eran *ellos* los que peleaban por la verdad y la apertura; encarando al terrible gobierno, se habían unido para desenmascarar al “estado mexicano, rey desnudo ante los millares de estudiantes” (Taibo II, 1991: 48). Su objetivo no era iniciar una revolución, sino que se abrieran las libertades políticas, se pusiera fin al autoritarismo y que hubiera una apertura y transparencia política que el gobierno no quería o no podía ofrecer (Bartra, 1999: 142).

En opinión de los prisioneros, la traición del Estado a la nación contrasta tajantemente con la capacidad cada vez mayor de ellos para identificarse con otros, la cual culminó con la trascendencia de su posición de clase y con una vinculación aún más orgánica con la nación. “En la cárcel aprendí a querer mejor. Ahora amo más la vida, amo más a mi esposa, a mis hijos, a mis amigos, a mi pueblo. Ese pueblo que no conozco, ése que trabaja en el campo o en la fábrica. Ése que produce la riqueza. Ése que debe liberarse” (Castillo, 1998:122). Es ésa una visión romántica, en la cual los prisioneros son capaces de tener un sentimiento genuino a pesar de estar encarcelados por un Estado-padre frío y distante que traicionó a la nación, al pueblo. Mediante su capacidad para expresar ese sentimiento, mediante su pérdida de identidad individual, los líderes encarcelados acaban personificando lo universal; ellos encarnan y pueden hablar por el pueblo.

Este discurso de héroes y víctimas, centrado en las acciones de los líderes, da prioridad a cierta relación entre el Estado y esos hombres definidos como los cabecillas del movimiento. Identifica al movimiento con las acciones, ideas y estrategias políticas de sus dirigentes y define el espacio de interacción entre ellos y el Estado patriarcal como su principal escenario. Así, las muchas acciones de participantes que no son (*los*) líderes quedan borradas, con lo que este movimiento se suma a la larga lista de aquellos que se definen por la relación entre el Estado-padre patriarcal y sus recalcitrantes hijos-líderes varones. Mediante su fidelidad a la lucha, el hijo acrecienta el honor masculino: “Sufrir en prisión por estos motivos [los objetivos del movimiento]”, dice Heberto Castillo, “no puede sino constituir un alto honor para mi persona” (Castillo, 1998:42). Dicho de otra manera: estos hombres se *convirtieron* en hombres heroicos (y, en ese proceso, en *líderes*), ennoblecidos por su experiencia de sufrimiento y su separación carcelaria del movimiento, como un subconjunto de una sociedad más grande, una sociedad que ellos describían, a grandes rasgos, como pasiva y necesitada de guía. De hecho, esta contienda entre el padre-Estado y el hijo-estudiante-líder está anclada en la premisa de conceptualizar a la sociedad, y a la nación en general, como femenina, *el* terreno de la lucha patriarcal.

Si bien el sufrimiento y el heroísmo de la cárcel son los tropos ordenadores que definen el estatus de esos hombres como líderes, dichas virtudes son inaccesibles para las bases, lo que se hace patente en el predicamento de las mujeres militantes: no sólo son pocas las que participan en el estrato más alto del movimiento, sino, más importante aún, en cuanto mujeres, encarnan la feminización del movimiento-nación. Mientras que los hombres *trascendieron* su cuerpo por medio del dolor físico y emocional, haciendo extensivos privilegios incorporados a una ciudadanía universal que ya poseían por ser hombres, la acción política de las mujeres, en cambio, no podía trascender la relación con su cuerpo. El sometimiento nunca puso seriamente en entredicho la actuación [*agency*] de los hombres, sino que, más bien, la reconfiguró e identificó con las luchas contra el autoritarismo y el imperialismo que ocurrían en el mundo entero. El movimiento se volvió sinónimo de una vanguardia que privilegiaba la estrategia política y el saber de un círculo interior por encima de las acciones de miles de individuos. Las labores de brigadas sumamente independientes se perdieron, con lo que esta versión del 68 se volvió muy similar a otros movimientos de la época. Dicho con otras palabras, la experiencia de un puñado de vociferantes líderes varones se convirtió en *la* experiencia del movimiento, lo cual chocaba directamente con los objetivos generales de apertura e inclusividad. Aunque los líderes estudiantes afirmaban estar en busca de una “verdad colectiva” (Castillo, 1998:20), en el espacio de la cárcel solidificaron (sin darse cuenta) su lugar dentro del movimiento y de la historia como los portadores de la verdad última y oficial del movimiento. Los recuerdos personales ya no eran los de tal o cual individuo, sino que ahora eran las experiencias de todos. Como lo expresa certeramente Paco Ignacio Taibo, “mis recuerdos no eran [tan sólo] míos” (Taibo II, 1991:15). Los relatos de determinados líderes estudiantiles varones *llegaron a ser* el movimiento.

Aclaremos algo: no consideramos que esas narraciones sean una ventana transparente hacia la historia de las experiencias de los hombres como presos políticos; lo que nos ocupa, más bien, son las formas en que la experiencia carcelaria avasalla esas memorias e impide una comprensión más amplia del movimiento de 1968. Al llamar la atención a las discrepancias entre los relatos de los hombres y los objetivos expresos del movimiento, nuestro propósito no es desacreditar la versión de los líderes varones ni tampoco restar importancia al horror de la masacre de Tlatelolco o a la degradación de lo vivido en la cárcel. Lo que queremos, más bien, es comprender qué papel desempeñó este liderazgo teñido por el género con respecto a la militancia de las bases, a la cual llegamos, en parte, a través del lente de la participación de las mujeres.

La actuación [*agency*] de las mujeres y el espacio del movimiento

En los relatos de los líderes que acabamos de examinar, las bases militantes quedan relegadas a un lugar ancilar, al tiempo que la preponderancia de los dirigentes se solidifica dentro del movimiento. De manera similar, cuando empezamos a indagar sobre la participación de las mujeres, varios de los principales historiadores nos dijeron que éstas simplemente no habían participado en el 68. Sin embargo, cuando, durante nuestra primera cala de investigación, entrevistamos a 60 mujeres y recabamos una lista de nombres que duplicaba esa cantidad, los resultados fueron descartados entonces al tenor de la otra consabida respuesta que enfrentan los estudiosos de la historia de las mujeres, a saber, que su participación no había influido *mayormente* en el curso del movimiento.

Así pues, resulta irónico que esa opinión de los historiadores (varones) coincidiera con la que expresó la mayoría de nuestras entrevistadas: aunque ellas sentían que el 68 había cambiado profundamente el curso de sus vidas, no consideraban que su participación mereciera un estudio histórico. Más bien, en repetidas ocasiones nos indicaron que debíamos “entrevistar a La Tita y a La Nacha” (Robería Avendaño y Ana Ignacia Rodríguez Márquez), las dos mujeres que sí tuvieron un asiento en el CNH. El hecho de que las propias mujeres juzgaran su participación como insignificante demuestra hasta qué punto el movimiento estaba fundido con sus líderes y se articulaba desde la perspectiva de la dirigencia. Esta desestima de sus propias experiencias (en connivencia con la visión dominante) hace necesario examinar las formas en que los estudiosos, los actores estatales, los líderes del 68 y los participantes construyeron de manera conjunta ese movimiento y las repercusiones de tal proceso. Para esto, vamos a comparar el movimiento, tal como quedó coagulado en el mundo homosocial de la cárcel, con el conjunto más difuso y complejo de experiencias sociales, culturales y políticas que recabamos a partir de las historias orales de las mujeres participantes. Dada la feminización del pueblo en la retórica populista, dicha participación representa un componente particularmente significativo de las bases militantes. Para estudiar a los participantes, sus acciones y su visión de éstas es necesario reconceptualizar el movimiento y su relación con el pueblo y el Estado.

Al trasladar el foco de atención de los líderes estudiantiles a las bases militantes, quedan al descubierto las más amplias premisas de género que subyacen no sólo al concepto de dirigencia, sino a toda la acción y actuación [*agency*] política del momento. Los puestos de dirigencia no estaban abiertos para la mayoría de las mujeres. Aunque la idea de que la mujer podía y debía desempeñar un papel político más visible ganaba cada día mayor acep-

tación, con mucha frecuencia se juzgaba que las mujeres, en lo individual, no eran actores políticos legítimos. Consideradas como carentes de habilidades, experiencia política u otras cualidades que se juzgaban inherentes al ideal masculinista del líder (audacia, intelecto, coraje), las mujeres eran excluidas de los puestos políticos más competitivos. Esa masculinización de la dirigencia hace imposible que mujeres concretas y reales puedan *ser* actores políticos y revela la brecha de género de los no-líderes. El examen de la participación de las bases permite escudriñar las prácticas del movimiento, prácticas que constituían en el campus y en la calle un espacio semi-autónomo, si bien poroso, y mediante las cuales se reconfiguraban lógicas y prácticas socioculturales más amplias.

La estructuración del movimiento fomentaba las prácticas democráticas. El CNH estaba compuesto por representantes elegidos en cada escuela o facultad, y detrás de esa estructura formal había órganos de representación más pequeños que coordinaban las escuelas o facultades. Aunque el CNH debatía las estrategias de alto nivel, como cuándo había que realizar un mitin masivo o cómo reaccionar a un intento de invasión policiaca de las universidades, la responsabilidad de organizar y llevar a cabo las actividades diarias era dejada en manos de las miles de brigadas (preponderantemente) estudiantiles, según cada escuela o facultad. Algunas brigadas se componían solamente de jóvenes mujeres pertenecientes a escuelas de matrícula exclusivamente femenina; otras eran mixtas. A medida que creció el movimiento, padres de familia y otras personas que no eran estudiantes crearon brigadas de apoyo y participaron junto a los estudiantes. Cada brigada era en gran medida autónoma: sus miembros decidían las actividades diarias que realizarían para llevar el movimiento a las calles. De esta manera, la organización del movimiento dio cuerpo a una mezcla participativa de prácticas políticas directas y de representación.

Los militantes provenían de muy diversas instituciones educativas: universidades, institutos técnicos, preparatorias privadas, escuelas vocacionales y primarias. Con tal variedad de instituciones, el elemento de clase influyó en la dinámica del movimiento y esto nos permite explicar cuál participación ha sido reconocida y cuál ha estado notablemente ausente. La dinámica de clase afectó el grado y naturaleza de la participación estudiantil, que a su vez influyó en el tenor de todo el movimiento. Asimismo, el tamaño y composición por sexo de la población estudiantil en cada una de las escuelas fue determinante en la participación. Como era de esperarse, hallamos que las estudiantes de escuelas exclusivas para mujeres tendían más a tener una participación activa en las reuniones estratégicas e ideológicas, que las provenientes de escuelas mixtas y que colaboraban en brigadas mixtas. Dado que las brigadas de

pendían de los órganos de representación de las facultades, estas últimas por lo general asistían a las reuniones donde participaban hombres y mujeres.

Por otra parte, la experiencia política previa influía en el momento y la forma en que los militantes, tanto hombres como mujeres, se unían al movimiento. Muchos de los que se enrolaron desde el principio ya habían colaborado en otros grupos políticos y sociales, y otros habían crecido en familias politizadas. Muchos habían participado en las Juventudes Comunistas o en protestas por las políticas de Estados Unidos en Vietnam. Los hijos de refugiados europeos, sobre todo judíos y españoles de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil Española, a menudo se criaban en hogares más politizados. Estos precoces militantes aportaron al movimiento gran parte de su energía inicial, incorporando gente que carecía de experiencia política.

A menudo, las mujeres eran atraídas al movimiento por sus hijas, hijos, esposos o, muy frecuentemente, sus parejas románticas. Durante sus idas diarias al mercado, sus traslados en los autobuses ciudadanos o al ir a recoger a sus hijos a la escuela, las amas de casa se encontraban con los brigadistas que hacían su labor de difusión. Algunas madres y padres, convencidos por sus hijos de la urgencia y necesidad del movimiento, se unieron para formar el Comité de Padres en apoyo de las actividades militantes de sus hijos. Y, después de la masacre de octubre, las madres organizaron grupos para llevar a los prisioneros alimentos y atender otras de sus necesidades básicas. Los profesores de primaria y secundaria, entre cuyas filas había muchas mujeres, estaban sumamente afectados por la represión estatal dirigida contra sus jóvenes estudiantes y contra las escuelas en general. Junto con los profesores universitarios, organizaron su propio contingente, dando impulso al movimiento con una serie de desafíos internos y externos a la autoridad gubernamental.

Pero, aunque esos vínculos interpersonales hicieron nacer en un principio el interés de las mujeres por el movimiento, la mayoría de ellas se comprometió con la lucha porque creían en sus ideales. Como lo narra Sara Fernández: “Yo me involucré con el movimiento desde la periferia, desde una perspectiva muy idealista”. Sara no tenía ninguna experiencia política previa y añade que su participación “fue muy romántica, derivada de mi gran afinidad con los principios de los grupos que ya se habían formado”. Su explicación, que en cierta forma hace pensar en los relatos de los líderes, construye una dicotomía de género entre intelecto-política-razón y afecto-participación-romance. Esta lógica, que hizo de la dirigencia masculina y de su trascendente sufrimiento corporal tras la masacre de Tlatelolco un sinónimo de razón e intelecto, ya excluía a la mujer, en cuanto *mujer*, del liderazgo político. En cambio, la integraba a la muchedumbre, repitiendo y apoyando así las mismas dualidades modernas de espíritu-materia y mente-cuerpo. Tal es-

quema etiquetaba ciertas formas de acción [*agency*] como políticas y otras como no-políticas, con lo que quedaba definido quiénes serían los posibles protagonistas de 1968.

Esta lógica de género, siempre presente en los relatos de las mujeres sobre su participación, también influyó en los papeles que desempeñaron dentro del movimiento. Muchas de ellas se ofrecieron como voluntarias para trabajar en las cocinas colectivas construidas para alimentar a los hambrientos militantes (Cohen y Frazier, 1993:82). Las horas de comida daban una oportunidad a esas mujeres de escuchar los cuentos que narraban otras brigadistas sobre sus aventuras políticas. Fue así como algunas recién reclutadas, como Susana Rivas, se decidieron a ir “a las calles y aprender”. Mientras regateaban las frutas y verduras, podían tener reuniones o pláticas improvisadas con los compradores y vendedores del mercado con los que se encontraban. Los intercambios que tenían lugar en esos momentos se transformaban en espacios en los que las mujeres podían ejercer una iniciativa política. Mediante estas incursiones en la calle, las mujeres, tan a menudo excluidas del escenario político formal, ponían en duda la definición de la calle y la política como (exclusivamente) masculinas. Se lanzaban más allá del espacio protegido y semi-doméstico de la universidad para reclamar la calle y la política (y por ello una ciudadanía completa) como su propio espacio físico y su entorno intelectual.

Esa labor, mediante la cual los activistas contaban con tres comidas diarias, hizo posible que el movimiento creciera. Las horas de comer reanimaban a los cientos de estudiantes que regresaban de sus actividades para alimentarse, y les ofrecían un lugar para descansar y recuperarse, y para participar en intercambios y debates sociales. Las laboriosas tareas de comprar las cosas, cocinar y lavar los trastes, que se recuerdan como carentes de importancia para el movimiento y que se consideraban “trabajo de mujeres”, tenían, como nos lo explica Elena Salazar, una función muy importante: “Cuando salías en la mañana en una brigada política, regresabas realmente hambrienta y, ¡ayyy, qué sorpresa!, la mesa estaba muy arreglada, con sopa, frijoles, carne y verduras”. Ella destaca la relación entre la hora de la comida y las formas de sociabilidad productiva: “Podíamos platicar e intercambiar nuestras experiencias, lo que habíamos hecho aquel día”. Pero, aunque algunas mujeres, como Elena, se percataban de la importancia de las brigadas de alimentación y continuaban cocinando y haciendo compras, otras se sentían frustradas por la idea de que esas fueran automáticamente sus responsabilidades por ser *mujeres*, y por tanto impugnaron esas normas. Como nos contó Susana Rivas: “Sí, cocinar era nuestra función y la hacíamos bien. Pero también rompimos con ella. Nos salimos de nuestro papel y convocamos a reuniones espontáneas en los mercados y en las esquinas de las calles, en distintas colonias”.

Este tipo de iniciativas callejeras son de importancia clave para comprender el éxito del movimiento en captar apoyo fuera de las universidades y escuelas preparatorias. Por medio de ese llamado “trabajo de mujeres”, las jóvenes se introducían en un mundo de relaciones sociales mucho más amplias. Casi ninguna tenía experiencia en hablar frente a un público, pero lograron superar su temor inicial. La brigada de Carmen Torres fue intencionalmente a buscar el apoyo de las mujeres en los mercados. Carmen consideraba que ella y sus mujeres brigadistas comprendían (mejor que los líderes u otros hombres de las bases) cómo llevar el movimiento fuera de la universidad. Al destacar el “mayor don” de las mujeres para “hablar con el pueblo”, Carmen hace hincapié en el vínculo de ellas con el pueblo (el cual, como se mencionó antes, se ha caracterizado como femenino). Esto la feminizó aún más y, como a otras activistas, la definió a ella y a sus tareas como apolíticas, aunque de hecho participara en actividades altamente políticas.

El contacto con otras mujeres en lugares públicos, como los mercados y autobuses, hizo ver a las activistas que el movimiento debía apelar a un público más amplio. Muchas de las militantes que realmente estaban en las calles y hablaban con la gente tradujeron el discurso político de los líderes en panfletos y otros medios de propaganda que informaban a quienes (aún) no estaban involucrados, lo que permitió que el movimiento se difundiera fuera de la universidad a pasos agigantados. Esa propaganda funcionaba no sólo como una forma de comunicarse con el público, sino que también propiciaba un sentimiento de unión entre los estudiantes y esas poblaciones más amplias, un vínculo que los estudiantes interpretaban como identidad nacional. Las mujeres, por estar, según la ideología dominante de género, más en contacto con sus sentimientos y por tener una mayor relación con las masas, se convirtieron en conductos para el intercambio entre los dirigentes y el pueblo. La necesidad de comunicar los objetivos políticos del movimiento en una forma ampliamente inteligible obligó a aquellas jóvenes predominantemente clase-medieras y de la élite a entrar en diálogo con otros sectores de la sociedad, un diálogo que les exigía ser diestras en el uso del lenguaje de las otras clases y buscar las intersecciones de las comunidades lingüísticas que pudieran constituir un ámbito que describirían como “mexicano”. No obstante, aunque las mujeres presentaban su facilidad de comunicación con el pueblo bajo una luz positiva, su capacidad para transmitir los ideales del movimiento muy a menudo se catalogaba, no como una habilidad política, sino como el resultado natural de su posición *a priori* (en cuanto mujeres) como parte del pueblo, también caracterizado como femenino.

Aunque la mayoría de las mujeres participó en el nivel de las brigadas y muy pocas en el CNH, algunas sí tuvieron un papel activo en las asambleas de

las facultades, en donde se debatían día a día la naturaleza, propósito y actividades del movimiento. Muchas de ellas nos hablaron de la pasión y entusiasmo que irradiaban esas asambleas diarias. Otras, en cambio, no se sentían cómodas al manifestar ahí sus opiniones y nos mencionaron ciertas presiones de sus compañeros para que trabajaran calladamente, tras bambalinas. Muchas mujeres se sentían inhibidas por su falta de experiencia política, aunque ello era en cierta medida contrarrestado por la conciencia cada vez mayor de la oportunidad novedosa de participación que les ofrecía el movimiento. Carla Martínez observa que para las mujeres “participar era una novedad, porque nunca antes nos habíamos involucrado en cosas de política. Nuestros compañeros seguían tratándonos como inferiores, pues nos decían que nosotras no sabíamos nada, que no podíamos hacer nada y ellos podían hacer todo”. Sin embargo, ese trato no impidió que algunas mujeres se regodearan con sus capacidades recién descubiertas. En efecto, prosigue Carla: “Empezamos a descubrir nuestras propias capacidades y respondimos: ‘Sí, yo sé y yo puedo hacer esas cosas’”.

La inexperiencia política de las mujeres no era la única dificultad que enfrentaban para hablar y ser escuchadas; como varias de ellas nos recordaron, era la época de la minifalda. Los estudiantes varones silbaban picaramente cuando las jóvenes pasaban caminando, se paraban en clase o trataban de expresar sus ideas durante alguna reunión. Rosa Bañales se sintió muy molesta cuando, durante una asamblea en la Facultad de Odontología, predominantemente masculina, enfrentó una andanada de silbidos y piropos groseros: “Los hombres acostumbraban chiflar y gritarnos cosas cuando tratábamos de hablar. Eso hacía más difícil poder hablar y expresar lo que pensábamos”. Reducidas a cuerpos marcados por el género, a esas mujeres se les negaba nuevamente toda posibilidad de apelar a la mente, la inteligencia y la razón, que se concedían tan sólo a los protagonistas políticos (varones).

Pero otras veces, las mismas actitudes que inhibían a las mujeres al expresar sus ideas y les negaban la posibilidad de tener una plena actuación política, obraban en su favor. A medida que el conflicto entre los grupos estudiantiles y el Estado se agravaba, las mujeres se valieron de esos estereotipos para apoyar al movimiento. Como no estaban clasificadas como actores políticos ni se les veía como una amenaza para el Estado, las mujeres podían infiltrarse en espacios vedados para sus contrapartes políticos varones, dado que éstos eran reconocibles. A plena vista de la policía, entraban y salían fácilmente de las universidades ocupadas y a menudo se les asignaba la tarea de llevar mensajes o de transportar a los líderes activistas. Asimismo, las jóvenes de la élite aprovecharon sus privilegios de clase, utilizando los carros de la familia o los inmuebles adicionales que poseían para realizar asam-

bleas u ocultar personas. Estas mujeres de clase alta explotaron sus relaciones sociales e imagen de jóvenes debidamente socializadas e inofensivas.

El fatídico mitin del 2 de octubre marcó el momento de violenta ruptura en ese relato de alianza y movilización crecientes. La mayoría de los líderes fueron capturados y encarcelados luego de la masacre de Tlatelolco y se pensó que el gobierno había logrado destruir al movimiento. Sin embargo, lo que ocurrió fue que lo empujaron hacia la clandestinidad, donde entró a una nueva fase. Para muchas mujeres esos cambios no pusieron fin a su participación, sino más bien reorientaron su energía a otras actividades. Durante tres años después de la masacre, muchas continuaron honrando el espíritu del movimiento, brindando apoyo logístico (sobre todo alimentos) a los presos políticos. Raquel Valdez ayudó a organizar las redes de apoyo para los prisioneros: “Con frecuencia mis amigas y yo visitábamos a los presos políticos”, nos comenta. “Toda la dirigencia del movimiento estaba ahí. Ahí entré en contacto con todos los líderes del 68 que habían sido detenidos y también con presos de otros movimientos, como el de los trabajadores ferrocarrileros, los doctores, así como del Partido Comunista. Hice muchas relaciones [...] y [...] aprendí mucho”.

Aunque el contacto de Raquel con la cárcel le dio una nueva perspectiva del movimiento y de la política en general, también tuvo un efecto negativo sobre la incipiente conciencia que tenía de la importancia de su participación, que había nacido al calor del sistema de brigadas. Más bien, le hizo estimar aún más lo fundamental que eran los líderes varones para el movimiento. Aprendió a considerar su participación como casi frívola y despreocupada: “Los que no formábamos parte de la dirigencia vivíamos el movimiento desde el ángulo más romántico: el activismo. Hacíamos [...] lo que queríamos. Ayudábamos al movimiento sin demasiadas responsabilidades, más allá de cuidarnos a nosotros mismos o a un pequeño grupo. Pero la cosa era diferente para [los líderes]”. Mientras que ella y otras mujeres “ayudaban” con su “activismo romántico”, la dirigencia evidentemente se ocupaba del verdadero trabajo del movimiento. Raquel prosigue: “Empecé a conocer a quienes habían planeado todas las actividades. También aprendí sobre la estrategia del movimiento, por las discusiones en las que hablaban de los errores del movimiento o de tal o cual teoría, medidas que habían adoptado. Aprendí mucho y empecé a ver el movimiento desde su perspectiva”. Raquel no sólo absorbió una versión del movimiento en la que los líderes aparecían como los únicos protagonistas importantes, sino que aprendió a ver al movimiento con los ojos de los líderes encarcelados. Este cambio de foco, de un movimiento gestado en los campus universitarios y en las calles a aquél coagulado en la experiencia de la cárcel, marcó la forma en que las mujeres in-

terpretaban tanto sus propias experiencias, como qué era y dónde estaba realmente el movimiento. El hecho de que incluso los militantes plenamente involucrados redefinieran el movimiento desde el espacio de la cárcel permitió que los líderes se erigieran como tales, en ese momento y en las reflexiones posteriores.

Durante la fase carcelaria del movimiento, las funciones de las mujeres cambiaron, aunque mantuvieron cierta continuidad. Ellas entraban y salían de Lecumberri, visitando a los presos políticos y organizando colectas para alimentarlos. Daban compañía a los hombres, tanto física como de otros tipos, y les ayudaban a mantener sus lazos con el mundo exterior. Gilberto Guevara Niebla, en entrevista con nosotras, recuerda lo importante que fue la solidaridad de las mujeres: “Siempre hubo compañeras, amigas, siempre con nosotros en la cárcel. Y eso era maravilloso”. Cuando, más adelante, se le pidió que hablara más sobre el papel que habían desempeñado las visitantes de los presos, explicó: “Mi facultad estaba muy bien organizada para apoyar a los prisioneros. Puedo asegurarles que, durante los meses que estuvimos en cárcel, cada día, cada día (imagínense) los estudiantes me enviaron alimentos, porque la comida que nos daban en la cárcel era horrible”. Según dijo, recibió una canasta diaria durante dos años. “¿Se imaginan el esfuerzo que eso implica? [...] Siempre me sentí apoyado por mis compañeros estudiantes”, concluye.

El relato de Gilberto Guevara Niebla es un indicio de la forma en que los hombres interpretaban el papel de las mujeres. Cuando, al principio de la entrevista, se le preguntó sobre la participación de las mujeres, reconoció el valor de su solidaridad y la presencia constante de amigas y compañeras. No obstante, más tarde, al hablar sobre el tipo de apoyo que recibían los líderes encarcelados, calificó la tarea de alimentar a los presos como un trabajo, a la vez que le restó el crédito específico a las mujeres (nótese el cambio de género, de *compañeras* a *compañeros*). Esta labor, tan vital para la supervivencia de los prisioneros que se volvió sinónimo de todo el activismo estudiantil después de la masacre, es desprovista de sus rasgos de género, al punto de que mientras los hombres siguen relacionando a las mujeres con sus papeles abrumadoramente tradicionales, al mismo tiempo disocian ese trabajo de los cuerpos marcados por el género que lo realizan.

Al comparar las declaraciones de Gilberto Guevara Niebla sobre la importancia de la solidaridad femenina, con la descripción de Raquel sobre su actitud de escuchar y aprender de los prisioneros varones, se revela la constitución relacional entre líderes y militantes. Aun antes de que escribieran sus memorias, los líderes podían formular su versión, centrada en la dirigencia, frente a un atento público formado por quienes los visitaban en la cárcel. Pe-

ro, para que los hombres pudieran erigirse en líderes y voceros del movimiento, se requería que la militancia de las mujeres se viera como pasiva, maniobra que acabó por borrar su participación y hacer invisibles sus tareas.

La actividad de las mujeres, reconocida o no, proveyó el apoyo material y emocional necesario para construir una comunidad utópica homosocial de sufrimiento en aras del conocimiento y la integridad político-moral. Las mujeres no sólo llevaron a los presos políticos sus raciones diarias, sino que también les proporcionaron sus servicios profesionales como doctoras, psiquiatras, abogadas, maestras y periodistas. Ellas hicieron público el trato brutal del gobierno a los líderes encarcelados, lo que galvanizó el apoyo a la causa. Sin embargo, un aspecto de su activismo siguió sin cambio: conservaron una movilidad (entre el hogar, el mundo exterior y, ahora, la cárcel) de la que los hombres no gozaron ni durante el movimiento ni en la cárcel. Durante el movimiento, ellas explotaron su estatuto “apolítico” para pasar inadvertidas a través de las barricadas policiacas y hacia el interior de las áreas acordonadas; después de la masacre, entraron y salieron de la cárcel para saciar las necesidades y deseos de los prisioneros y descargar al Estado patriarcal de sus responsabilidades.

No obstante, entrar y salir de la cárcel de Lecumberri no era una tarea agradable para las mujeres, pues a menudo eran objeto de acoso, intimidación sexual y manoseos. Así se castigaba a las mujeres por aventurarse en el reino de lo político y se les hacía vivir parte del horror de la cárcel. Asimismo, la agresión contra la integridad corporal de las mujeres era un medio para castigar a los presos varones. Mientras que su sufrimiento corporal les confería una trascendencia espiritual e intelectual, esta agresión tenía un fruto diferente para las mujeres. El escarmiento contra el cuerpo de las mujeres subrayaba y solidificaba su papel como objetos en las contiendas políticas masculinas. Esta comparación entre las experiencias de agresión corporal de los líderes y las mujeres contradice otro aspecto de los relatos de los hombres sobre su tiempo en la cárcel: acaba con la idea de ésta como un espacio estrictamente homosocial y radicalmente contenido. Viendo la forma en que las mujeres cruzaban las fronteras de la cárcel, nuestra lectura muestra un espacio carcelario vinculado y definido por una esfera cívica, ahora horriblemente deformada por la violencia estatal.

Tanto en la calle como en la cárcel, la facilidad de las mujeres para cruzar barreras impenetrables para los hombres les confirió un papel primordial en el movimiento, como mediadoras y traductoras entre sectores. No obstante, su capacidad para ser una interfase entre “el pueblo” y “el movimiento” no dio lugar a que se reconociera (por parte de los líderes hombres y muchas de las propias mujeres) la actuación [*agency*] política de las mujeres. Los sil-

bidos y los recordatorios de la inexperiencia política de las mujeres les negaban la posibilidad y el derecho a ser escuchadas, las despojaba del crédito por sus ideas y les vedaba una presencia activa y visible en las decisiones del movimiento. Al negar una voz a las mujeres y al definir su participación como cuerpos silenciosos, éstas se convirtieron en la encarnación del hogar y la nación. Los reclamos de ciudadanía de las mujeres tenían que ser capitaneados por los líderes varones. Así, cuando ellas insisten en el papel activo que desempeñaron, generando panfletos y dando discursos en los espacios públicos ajenos al campus, están reclamando una ciudadanía para ellas. Aunque reconocen que sus voces fueron sofocadas en los lugares más sagrados de la lucha (el CNH y las asambleas estudiantiles), también describen algunas prácticas de articulación que hacen discernible su participación.

Cuando los estudiantes ocuparon las universidades, los espacios del campus se transformaron en su hogar político y físico. En los salones de clase, bibliotecas y cafeterías donde hombres y mujeres habían estudiado economía, filosofía y matemáticas, ahora comían, dormían, hacían propaganda y realizaban reuniones. La transmutación de los antiguos salones de clase en espacios semi-domésticos requería de nuevos arreglos logísticos; las labores de las mujeres apuntalaron esas recomposiciones. Hombres y mujeres se turnaban para hacer guardias en los edificios escolares y detectar la presencia de la policía; resguardaban la santidad del hogar del movimiento y de sus frágiles linderos. Al hacer esto, se inspiraban en la generalizada retórica de guerra del siglo xx de proteger el hogar y la casa. En este sentido, la presencia de las mujeres en la universidad ocupada no era anómala, sino más bien necesaria para remarcar con el género ese espacio como un hogar asediado.

Aunque participaron muchas universidades y escuelas preparatorias de todo el país, la UNAM llegó a simbolizar al movimiento entero. Ésta, la universidad pública más importante del país, actuaba como sinécdoque de la nación (una construcción material e imaginaria que, según los académicos feministas, se ha caracterizado como femenina). Pero, aunque la presencia de las mujeres era fundamental para marcar el género del campus ocupado, éstas no consideraban que su actuar [*agency*] estuviera restringido al espacio universitario. Al desplazarse entre el campus y otros espacios femeninos (por ejemplo, el mercado y las escuelas primarias), al ocupar los espacios masculinos de las calles y al hablar en esos lugares, las mujeres afirmaban posibilidades más amplias para su actuación [*agency*] y sus demandas de ciudadanía. Ocupar y proteger el campus significaba reclamar su lugar como ciudadanas, con el poder para rehacer la nación; lo que estaba en juego no era nada menos que la posibilidad de un México verdaderamente anti-autoritario, uno en el cual todos sus miembros pudieran exigir una ciudadanía activa.

Trasformaciones a través del espacio del movimiento

Ahora regresemos a una de nuestras preguntas iniciales: ¿Qué ganamos examinando la participación de las mujeres, más allá de comprender cómo un grupo de actores previamente marginado contribuyó a esa lucha masiva? Nosotras planteamos que el hecho de comprender la participación femenina abre una ventana única y crucial para ver aspectos del movimiento que no se habían percibido antes y nos obliga a repensar el movimiento en su totalidad y sus repercusiones en las estructuras profundas de las relaciones sociales, culturales y políticas, especialmente para las clases medias y élites mexicanas. Los desafíos planteados por las mujeres a los límites puestos a su participación influyeron, de manera general, en las relaciones culturales, sociales y políticas. De esta manera, el movimiento operó como una esfera temporal y espacialmente delimitada en la que se recompusieron ciertos arreglos establecidos. También permitió que se modificaran los ritos de iniciación de la adolescencia, especialmente los relativos a la sexualidad, los roles de género y los lazos afectivos con el hogar y la familia. Así, el movimiento operó como un cierto tipo de espacio liminal que marcó las relaciones sociales y familiares de los militantes.

La participación intensa en un movimiento social cuestiona la rúbrica de lo cotidiano y abre la posibilidad de que se produzcan consecuencias imprevisibles. El hecho de pasar muchas horas juntos, generando ideas, debatiendo estrategias y propagandas y enfrentando peligros físicos puede hacer surgir diversos tipos de relaciones entre hombres y mujeres, sobre todo en los ámbitos donde los primeros han gozado históricamente de mayor ciudadanía y concurso [*agency*] políticos. El movimiento estudiantil de 1968 no fue la excepción. Si bien su objetivo primario y abierto era el Estado, no fue menor el desafío que planteó a los valores sociales. Un tema común en las historias orales que recabamos fue la recomposición de las relaciones personales.

El intenso contacto interpersonal en el clima de una situación política volátil contribuyó a derrumbar las ideas que tenían las mujeres sobre el género. Esa ruptura abarcó mucho más que las relaciones hombre-mujer, para incluir toda una gama de auto-percepciones y prácticas sexuales (heterosexuales, homosexuales y bisexuales). Las mujeres relacionaron su despertar sexual con su despertar político. Para algunas, como Angélica Tirado, las implicaciones de las interacciones sexuales entre adolescentes iban en contra de sus ideas previas de lo que significaba ser hombre o mujer. “Empezamos a cuestionar las instituciones”, dice Angélica. “Empezamos a cuestionar nuestros propios papeles sexuales”. El movimiento, en su opinión, “creaba una gran camaradería entre los chavos y nosotras. Eso no quiere decir que hubieran dejado

de ser ‘machos’, sino más bien que las circunstancias hacían que nos consolidáramos como una sola fuerza”. Aunque Angélica sólo relacionaba de manera implícita las interacciones sexuales de las mujeres con la posibilidad de una alianza política, al desvincular el sexo de un proyecto marital futuro se abrió a la posibilidad de tener un tipo distinto de intimidad y relación de pareja, uno dirigido (como lo estaban sus energías inmediatas) hacia la urgente lucha política.

Ahora, los hombres y las mujeres podían ser amigos y no sólo parejas románticas o sexuales. Rosa Zamudio recuerda cómo, siendo la única mujer en su brigada, vivió un nuevo sentimiento de camaradería con sus compañeros varones, un tipo de relación que antes le era negada: “En el movimiento, mis mejores amigos eran hombres [...] Yo tenía un novio, un arquitecto. Él no quería que participara. No entendía. Terminamos a causa del movimiento”. Rosa descubrió que sus relaciones interpersonales dentro del movimiento no sólo estaban adquiriendo nuevas dimensiones, sino que eran incompatibles e independientes de sus relaciones externas. Se vio atrapada entre las expectativas convencionales de su novio y el tipo particular de intimidad que le ofrecían sus compañeros militantes.

Elena Castillo, por su parte, eligió cultivar sus relaciones dentro del movimiento, a pesar de la oposición familiar. “Las mujeres no podíamos salir de noche. Todas las noches, antes de que empezara el movimiento, yo estaba en la casa y no podía siquiera pensar en salir después de las ocho de la noche”. La participación suscitó una rebelión contra ciertas limitaciones familiares: “Pero si eras miembro de una brigada, aunque tuvieras que estar en casa antes de las ocho, no podías decirle a tus compañeros: ‘Bueno, ya me voy. Tengo que irme a casa o mi mamá me va a matar’. En lugar de eso, decías: ‘Oigan chavos, ¿ustedes me llevarán a casa?’ ‘Sí, claro, pero quédate otro rato y luego te pasamos a dejar’. Y nuestros compañeros empezaron a tratarnos más como verdaderos colegas [...]. Nuestras vidas se transformaron”.

Y, “como verdaderos colegas”, ellas sentían la responsabilidad de las relaciones relativamente más igualitarias que estaban naciendo. “Las mujeres jugaban un papel muy importante, porque participaban al igual que los hombres”, observa Rosa. “Compartíamos los mismos riesgos, porque el hecho de subimos en un camión para distribuir propaganda o para hablar con la gente implicaba el peligro de ser arrestadas o perseguidas. Y tanto hombres como mujeres compartíamos ese riesgo por igual. Los chavos tuvieron que cambiar [...] de hecho cambiaron su actitud hacia nosotras. Antes, eran conquistadores. Después, hablaban sobre relaciones basadas en la amistad, el compañerismo y la solidaridad”.

Aunque las mujeres nunca dejaron de tener del todo esa impresión de estar en desventaja dentro del movimiento, su participación continua disminuyó su sensación de inexperiencia e incompetencia. Debemos, como nos dice Luisa Salazar, pensar críticamente sobre ese lenguaje de igualdad y de que las mujeres participaban “al igual que los hombres”. Sus vidas “cambiaron de una situación de sentirse inferiores a una más cercana a la de los hombres. El movimiento de 68 fue una oportunidad, no para que las mujeres alcanzaran el nivel de los hombres, porque eso era muy difícil, pero sí para que dieran un gran paso hacia la igualdad”. Esta declaración revela el profundo impacto que tuvo el movimiento sobre las mujeres militantes: a medida que se disipaban los sentimientos de inferioridad e insuficiencia, se dieron cuenta de que, al igual que los activistas varones, podían desempeñar un papel crucial en la sociedad.

Sin embargo, las declaraciones anteriores también señalan los límites del potencial transformador del movimiento. Aunque algunas mujeres empezaban a sentir que participaban “al igual que los hombres”, otras consideraban que sólo seguían teniendo un acceso parcial a los espacios públicos, como la calle. Con el hecho de que Elena pidiera a los hombres de su brigada que la llevaran a su casa, en lugar de que ella se fuera sola, reconocía no sólo las amenazas a su integridad física, sino también las diferencias para las mujeres en cuanto al acceso y libertad de movimiento. Estas amenazas inminentes servían como medios para disciplinar a las mujeres, social y políticamente, con lo que se reforzaban las estructuras del control patriarcal. Aunque Elena luchaba contra esas limitaciones impuestas a su participación, reconocía y aceptaba la disciplina que ellas implicaban. Más aún, usando el nivel de participación de los hombres como norma (como cuando Rosa afirma que las mujeres “participaban al igual que los hombres”), las mujeres reforzaban el privilegio de los hombres para definir la actuación [*agency*] política normativa. Aun así, para esas mujeres, el 68 (pleno de tensiones y posibilidades) abrió nuevas oportunidades para las relaciones sociales y, por ende, para su propia participación política.

Esas relaciones interpersonales en evolución comportaban un desafío al control patriarcal dentro del núcleo familiar. La participación de las mujeres estaba en gran medida influida por las reacciones de sus familiares. Muchas familias se sentían amenazadas por las actividades de sus hijas y temían que se cuestionaran las estructuras de la disciplina familiar. Cuando las mujeres empezaron a transgredir esos límites, los padres (sobre todo el padre) a menudo impusieron medidas de control aún más estrictas. En el menor de los casos, se preocupaban incesantemente por la seguridad física de sus hijas. Con frecuencia, como recuerda Gloria Jaramillo, esa situación de preocupa-

ción y control suscitaba conflictos en la familia. “[El movimiento] era una situación en la que vivías junto con todos tus amigos. Aunque la escuela fuera exclusiva para mujeres, durante el movimiento estabas de hecho viviendo con compañeras y compañeros que iban a otras escuelas”. Tal comportamiento “era realmente escandaloso para nuestros padres; en primer lugar, porque su hija estaba involucrándose en un movimiento social [...] donde no tenían nada que hacer; en segundo lugar, porque fácilmente podría fracturar la autoridad de la familia”. Aunque Gloria se refiere al conflicto familiar por las conductas propias para cada sexo, no llega a examinar la forma en que los dirigentes y participantes varones estaban reafirmando como proto-patriarcas.

Con todo, aunque algunas familias incrementaron el control patriarcal, otras apoyaron el despertar político de sus hijas y las estimularon a participar en el 68. La relación de Juanita Álvarez con su tía, por ejemplo, ilustra esa actitud de apoyo y las derivaciones que tuvo. La señora Paredes permitió a su sobrina que utilizara una de las habitaciones de su casa para las reuniones del grupo y para almacenar los materiales impresos. Pero, además, aunque en un principio la señora Paredes sólo ofreció el uso de su casa, pronto empezó a involucrarse directamente con el movimiento.

Así, las hijas y las sobrinas trataban de integrar a sus familias a la lucha o, como señalaba Natalia Esquivel, las jóvenes a menudo “llevaban el movimiento a sus casas”, trayendo propaganda para que sus padres la leyeran (con la esperanza de que las comprendieran y las apoyaran) e incluso ellos mismos participaran. “[Siempre que] había una asamblea o una marcha invitábamos a nuestros padres, amigos o a los amigos de nuestros padres”. Muchos padres, incluidas las madres, efectivamente se involucraron directamente, a través de sus hijos. La habilidad de estas mujeres para “llevarlo a casa” con el fin de vincular los diversos lugares (el hogar, la calle, la universidad) constituyó no sólo el espacio del movimiento, sino a su vez, el terreno para el cambio social y cultural.

Con frecuencia, las familias trataban a sus hijos políticamente activos de manera distinta de la de las hijas militantes, permitiendo que ellos participaran en ciertas actividades, pero ellas no. Aunque las mujeres desafiaban esas disposiciones, aún no se daban cuenta de la importancia que tenía esa rebelión contra la autoridad patriarcal. Las mujeres, en general, no daban muestras de ser conscientes de las restricciones estructurales que enfrentaban como mujeres. Tampoco las jóvenes estudiantes se acercaban a las mujeres mayores fuera del mundo universitario (por ejemplo, en los mercados o en las escuelas primarias), sobre la base de una visión explícita de que tuvieran intereses comunes de género o incluso de las posibilidades de comunica-

ción marcadas por el género. Alicia Romero explica que, cuando iban a las escuelas y mercados, “no teníamos una concepción feminista. No íbamos a hablar con las mujeres por esa razón. Más bien, simplemente nos parecía sensato y ahí nos recibían bien”. Aquí, de nuevo, vemos la naturalización de las capacidades comunicativas de las mujeres dentro de una lógica política de género, a saber, que las mujeres son inherentemente del pueblo.

Si bien las mujeres no se veían como feministas *per se*, no por ello su participación política dejó de impugnar las estructuras autoritarias en muchos niveles. Rafaela Morales comenta: “Las que veníamos de las escuelas preparatorias luchábamos contra la autoridad. Esto contrastaba con el enfoque en la universidad, donde no había esa atmósfera restrictiva. Para nosotras todo estaba muy limitado. En la universidad, peleaban más bien contra el autoritarismo de la sociedad, del gobierno”. Rafaela continúa: “Pero las que veníamos de las escuelas preparatorias veíamos la lucha contra el autoritarismo que enfrentábamos todos los días, lo que enfrentábamos en las preparatorias. Arrojamus nuestros uniformes, nuestros suéteres. Le subimos la bastilla a nuestras faldas, porque era la época de las minifaldas [...]. Peleábamos contra el autoritarismo que enfrentábamos más cerca de nosotras”. Al yuxtaponer estos dos campos de batalla particulares en la lucha contra el autoritarismo, Rafaela vincula la lucha contra el Estado con la que iba en contra de los directores de las escuelas y los patriarcas de la comunidad.

En el caso de muchas jóvenes privilegiadas, esa experiencia puso al descubierto de una manera más clara tensiones visibles en el ámbito más amplio de la sociedad en su conjunto. Como afirma el crítico Hugo Hiriart, “el mérito del 68 es haber dejado en claro el origen político común de [...] muchas actitudes autoritarias” (Hiriart, 1988:17-21, 19). El movimiento y los debates que se derivaron en torno a éste orientaron políticamente a estos muchachos y proporcionó a las jóvenes de familias acomodadas y poco activas políticamente un sustento político específico. Tal fue el caso de Mónica Larraín: “Antes, no teníamos una formación política”, nos dijo. “Empezamos a leer, más que nada, las obras de nuestro ‘Che’ Guevara [...]. Con esa explicación, podíamos vincular la teoría del Che con lo que habíamos estado viviendo y viendo a nuestro alrededor”, es decir, las contradicciones que el Estado siempre había tratado de ocultar. Esto abrió posibilidades únicas para la transformación política. “Sentíamos”, prosigue Mónica, “que la estrategia que habíamos adoptado era la única forma en la que podríamos cambiar el sistema en nuestro país y cambiar las condiciones del pueblo. Estar convencidos de esto es lo que nos daba la pasión”.

Muchas participantes veían su lucha como una batalla por las libertades humanas básicas y contra el autoritarismo (los mismos objetivos que sus

contrapartes varones). Recuerda Kati Archuleta: “Peleábamos hombro con hombro con los varones y no podíamos ver diferencias entre nuestro papel y nuestras luchas, y los de nuestros compañeros. Sabíamos que la democracia era para todos, que los cambios eran para todos, y que no existe nada específico [por géneros]. No nos preocupaba saber que nuestras vidas eran diferentes porque éramos mujeres. Ahí es donde radica la diferencia. Durante ese periodo fuimos andróginas. Éramos luchadoras muy valientes, iguales que cualquier hombre. No veíamos ninguna diferencia en lo que necesitábamos como mujeres o en lo que los hombres necesitaban”.

Las mujeres, que pelearon “hombro con hombro” con los hombres durante el movimiento tenían una visión de sí mismas como ciudadanas y no meramente como actores políticos mujeres. De esa convicción surge la afirmación básica de Kati de que la ciudadanía podía ser “andrógina” y sin género. Ella no reconocía limitaciones sociales para las mujeres como ciudadanas. A muchas más, esas ideas les llegarían más tarde.

Estas últimas citas revelan una tensión entre las experiencias políticas de las mujeres, sumamente marcadas por el género, y su deseo de eliminar el género de la ecuación de ciudadanía, la inclinación hacia la androginia a que Kati se refería. Dada la sobredeterminación en 1968 de las subjetividades políticas marcadas por el género, no habría sido posible una forma de imaginar una ciudadanía específicamente “femenina” que contuviera todos los derechos y privilegios de la actual ciudadanía, evidentemente no marcada por el género. Por tanto, la afirmación de lo universal como andrógino era la única posibilidad.

En resumen, las mujeres no consideraban que su participación tuviera implicaciones explícitamente políticas. Aunque se vieron obligadas a cuestionar las normas de género en sus vidas personales, no relacionaron ese descubrimiento con el contexto más general de protesta política: lo personal aún no se había vuelto político. Sin embargo, las autocríticas de las mujeres nos permiten ver cómo surge un sentimiento de actuación [*agency*] política marcado por el género a partir de las transformaciones socioculturales en las vidas personales de esas mujeres. De igual manera, los relatos ostensiblemente políticos de los líderes varones se construyeron dentro de nociones de masculinidad (personal) culturalmente determinadas. Este vínculo entre luchas culturales por el género en la vida personal de las mujeres y la entonces tácita lucha por el género en el escenario político formal hace aún más conmovedor el hecho de que las mujeres no dejaran de aceptar aquel marco del movimiento que estaba centrado en los líderes. Debemos insistir en que lo personal es político y, más aún, que lo político es personal; debemos vincular los asuntos de la subjetividad política a los de los movimientos sociales y los proyectos de transformación.

Conclusión: “Estudiar, luchar y trabajar”

¿Cómo conciliamos visiones del movimiento que difieren tan drásticamente en su descripción de la lucha y que, sin embargo, muestran un marco similar de subjetividad política? En la mesa inaugural del seminario del que hablamos al principio en la que participaron los antiguos líderes del 68, el público que estaba ya había tenido un aprendizaje acerca de la universidad como el perfecto sitio generador de movimientos sociales y sobre la vida de un buen estudiante. Según explicaba el presentador Raúl Moreno, uno de los muros de la Universidad de Colima está engalanado con el lema: “Estudiar, luchar y trabajar”, que expresa las prioridades fundamentales de un estudiante. Asistir a la universidad y educarse, sostenía el ponente Marcelino Perelló, no son actividades meramente individuales, que produzcan beneficios individuales, sino que entrañan responsabilidades para con lo colectivo. Esta visión repudiaba el individualismo que, en opinión de los miembros de esa mesa, invade hoy en día a los estudiantes y a la juventud, y plantea, en cambio, una visión societal más colectivista. Ahora bien, tales prioridades reflejan la perspectiva específica de clase y de género sobre la cual los líderes basaron y mantuvieron su propia posición privilegiada.

La posibilidad de que uno se dedique a “estudiar, luchar y trabajar” requiere de una labor oculta y no reconocida. Así como los militantes presos del 68 dependieron en gran medida del esfuerzo ignorado de las visitantes para su sustento físico y emocional, así también las búsquedas idealistas de los estudiantes están subsidiadas por el trabajo necesario pero invisible de otros. Si los estudiantes dedican todo su tiempo a estudiar, luchar y trabajar, ¿quién alimentará a los estudiantes hambrientos cuando regresen de clase, de sesiones de estrategia que duran toda la noche, o de protestas diurnas, labores que son aquellas sobre las cuales se construye la vida de la mente? En términos tanto de producción como de reproducción, esas tareas obviamente *no* son responsabilidad de los estudiantes: el trabajo productivo visible usualmente es responsabilidad de los varones cabeza de familia (y cuando se trata de familias que *no* son de clase media o alta, también de los hijos, que se ven obligados a contribuir al sostenimiento familiar) y las tareas reproductivas por lo general recaen en las mujeres, tanto jóvenes como mayores. Por ende, la posibilidad de que un estudiante varón “estudie, luche y trabaje” requiere de la contribución reproductiva específica de la mujer, contribución que su falta de notoriedad hace invaluable (y fácilmente olvidable). Las restricciones de clase y género colocan esas nobles actividades fuera del alcance de la mayoría del pueblo. Esos valores, entonces, reflejan mejor los que generaron y compartieron los líderes varones en el espacio colectivo de la cárcel, la uto-

pía intelectual homosocial plasmada en sus narrativas, en donde el sufrimiento corporal creaba el contexto para el crecimiento intelectual trascendente y el sentido de comunidad.

Los relatos femeninos contradicen la idea común de que las mujeres “sólo” cocinaban o que en realidad no participaron. Sus historias revelan, en cambio, lo mucho que en verdad estaban involucradas y nos llevan a una interpretación del 68 como un movimiento con amplias bases sociales, que no sólo cuestionaba el autoritarismo en el escenario político formal, sino también en el ámbito doméstico. Este movimiento promovió una multitud de prácticas políticas: brigadas semi-autónomas, el CNH parlamentario, y las muchas organizaciones auxiliares en las que colaboraron padres, maestros y otras personas. Las narraciones de las mujeres sobre sus interacciones en los hogares, mercados y calles señalan intentos por forjar vínculos entre ese movimiento predominantemente clasemediero y el resto de la sociedad (a diferencia de otros movimientos estudiantiles, anteriores y posteriores). Más que cualquier otro momento político desde la Revolución de 1910, el movimiento estudiantil de 1968 quiso reunir a distintos sectores de la sociedad y esa experiencia obligó a muchas mujeres a repensar radicalmente su concepción de quién constituía la nación, una intuición que llevarían más tarde a otras luchas en torno a asuntos laborales, los derechos indígenas, las carencias de los pobres urbanos y los derechos de las mujeres.

Todo examen de las repercusiones del 68 debe tomar en consideración las prácticas sociales, culturales y políticas como parte integral de las transformaciones históricas. La historia de 1968 debe situarse en el contexto de cambios profundos en las prácticas de la sexualidad y el cuerpo, de la vinculación naciente entre las críticas a los patriarcados tanto a nivel doméstico como estatal, y un sentido más amplio de la nación en términos de clase y etnia. Los relatos públicos del 68 (al centrarse, no en las actividades cotidianas de los cientos de miles de participantes en las calles, los campus universitarios y los mercados, sino en las negociaciones cada vez más volátiles entre los líderes varones y los funcionarios estatales, y en el espacio de la cárcel) feminizaron las bases militantes del movimiento (tanto hombres como mujeres) y las sacaron del terreno de la lucha. El método que nosotros aplicamos aquí fue dialéctico, tomando por separado los dos grupos de relatos y recontextualizándolos en relación recíproca. De las narrativas de los dirigentes varones conocemos menos sobre las prácticas políticas generales y los participantes en el movimiento, y más sobre la cárcel como espacio clave para la formación de sus subjetividades políticas. De las mujeres, que sitúan su participación dentro de un contexto sociocultural más amplio (pese a la idea generalmente aceptada entre ellas de que “no eran actores históricos”),

obtenemos un sentido más rico del espacio del movimiento y de su potencial transformador. A su vez, al releer los relatos de los líderes varones, cotejándolos con los de las mujeres, se abre la posibilidad para una interpretación de la vida política de los hombres como específicamente marcada por el género.

Quizá el movimiento no tuvo un efecto inmediato en la estructura formal de la vida política. Como lo observó el crítico Michel de Certeau con respecto al movimiento estudiantil de 1968 en Francia, la relación misma de los estudiantes universitarios con las estructuras políticas dominantes les ofrecía un punto de crítica privilegiado, pero en última instancia les vedaba la posibilidad de generar una voz política original. En el 68 mexicano, el hecho de que las mujeres aceptaran el marco masculino de subjetividad política coartó su capacidad para establecer los vínculos políticos implícitos en sus relatos. No obstante, los movimientos estudiantiles que tuvieron lugar en diversos países en 1968 tuvieron enormes repercusiones en la vida de esa generación y en los militantes de movimientos posteriores. El tomar por separado y luego yuxtaponer los relatos de los líderes varones y las mujeres participantes, dentro del contexto sociocultural relevante, ofrece la clave para comprender esos legados.

Traducción del inglés de Lorena Murillo

Recibido: octubre, 2003

Revisado: junio, 2004

Correspondencia: D. C.: History Dept., 4th fl. Lucas Hall/University of Missouri/St. Louis MO 63121/Estados Unidos/tel. 314 516 5735/correo electrónico: deborah.cohen@umsl.edu/L. J. F.: Anthropology Dept., 5th fl Clark Hall/University of Missouri/St. Louis MO 63121/Estados Unidos/correo electrónico: lennonj@umsl.edu

Bibliografía⁶

- Bartra, Armando (1999), *1968 El mayo de la revolución*, México, Editorial Ítaca.
Bourdieu, Pierre (2000), *Esquisse d'une théorie de la pratique précédé de trois études d'ethnologie kabyle*, París, Seuil. (1a. edición 1972).
Campos Lemus, Sócrates A. y Juan Sánchez Mendoza (1998), *68Tiempo de hablar*, México, Sansores y Aljure.

⁶ Ésta es una lista parcial. Véase la bibliografía completa en el artículo publicado en *Hispanic American Historical Review* (vol. 83, núm. 4, 2003, pp. 617-660).

- Castillo, Heberto (1998), *Si te agarran te van a matar*, México, Ediciones Proceso. (1a. edición 1983).
- Cohen, Deborah y Lessie Jo Frazier (1993), “No sólo cocinábamos...”: Historia inédita de la otra mitad del 68”, en Ilán Semo (ed.), *La transición interrumpida: México, 1968/198*, México, Universidad Iberoamericana/Nueva Imagen, pp. 75-109.
- González de Alba, Luis (1993), “1968: La fiesta y la tragedia”, *Nexos*, núm. 189, septiembre, pp. 23-31.
- Guevara Niebla, Gilberto (1988), “Una temporada en Lecumberri”, en Hermann Bellinghausen (ed.), *Pensar el 68*, México, Cal y Arena, pp. 135-138.
- Hiriart, Hugo (1988), “La revuelta antiautoritaria”, en Hermann Bellinghausen (ed.), *Pensar el 68*, México, Cal y Arena, pp. 17-21.
- Taibo II, Paco Ignacio (1991), *68*, México, Planeta.

